



ACADEMIA DE LAS CIENCIAS
Y LAS ARTES MILITARES

Comunicaciones académicas

Alonso de la Rosa y Levassor

Juan Miguel Teijeiro de la Rosa
Academia de las Ciencias y las Artes Militares
Sección Diccionario Biográfico Militar

11 de septiembre de 2022

Alonso de la Rosa fue hijo de Nicolás de la Rosa y Suárez, primer conde de Vega Florida, maestro de campo de la Infantería española y gobernador del Tercio de Galeones; y de Ángela Le Vasseur y Le Quoy, de origen francés. A los quince años, el 7 de septiembre de 1715 comenzó a servir en la Armada como soldado de galeras, con 15 escudos de sueldo, y ese mismo año hizo su primera travesía del Océano, acompañando a su padre, quién, como cabo principal de dos navíos, trasladaba a Tierra Firme al príncipe de Santo Buono, elegido virrey del Perú.

Fallecido su padre en Cartagena de Indias, y sucediéndole Alonso en el título de Castilla, el 6 de octubre de 1717 sentó plaza en la primera promoción de la Real Compañía de Guardias Marinas de Cádiz, con una experiencia de mar inédita en la mayoría de sus compañeros. Al año siguiente tuvo su bautismo de guerra, embarcado en el *Real San Felipe*, comandado por Antonio de Gaztañeta, en un encuentro con la marina británica en Cabo Passaro, del que resultó herido y prisionero, como el resto de la tripulación, siendo más tarde canjeado.

De nuevo en la Academia, fue ascendido a alférez de fragata, embarcándose rumbo a Nueva España con la flota de Indias mandada por el general Baltasar de Guevara. En La Habana vivió su segunda confrontación armada, esta vez como consecuencia de un violento motín de la tripulación por falta de pagas.

Ya en España, volvió a embarcar en el navío *Nuestra Señora de Montserrat*, de la escuadra de don Antonio Serrano, para conducir a Italia a los cardenales Borja y Belluga, haciendo luego corso por el Mediterráneo contra los argelinos. En 1723 fue nombrado brigadier de la Compañía de Guardias Marinas «en atención a su mucha aplicación a los estudios de las matemáticas y ejercicios que se enseñan en la citada Real Academia, y ser uno de los Guardias Marinas que han sobresalido en el cumplimiento de sus obligaciones y celo al Real Servicio, y saber muy bien la navegación y maniobra». En ese puesto permaneció hasta 1727, en que volvió a embarcar con diversas misiones por el Mediterráneo, siendo de nuevo herido en la jornada de Orán de 1732.

En abril de 1740, formando parte de la tripulación del *Princesa*, toparon en aguas del cabo Prior con tres navíos ingleses, sosteniendo un reñido combate. A finales de ese año, ascendido a capitán de fragata, pasó a Ferrol para tomar el mando de la *Galga*, y luego, ya en Cádiz, de un navío de más porte, el *San Fernando*, de la escuadra de Juan José Navarro. Ostentado dicho mando, tuvo lugar un desagradable incidente que recogen todas las historias de nuestra Marina. Fue acusado por el maestro de jarcia de dicho navío de haberle atropellado sin razón. Eran tiempos en que eran habituales los roces entre los oficiales de guerra de la Marina y los tripulantes dependientes del entonces llamado Cuerpo del Ministerio - lo que se conoce como la lucha entre *la pluma y la espada*-. El entonces secretario de Estado y del Despacho de Marina, José del Campillo, que había pertenecido a este cuerpo, y lo protegía, señaló al conde de Vega Florida como cabeza de turco, y lo condenó a ser suspendido del empleo durante un año, «para que sirva de ejemplar a contener a algunos oficiales de guerra del cuerpo general de la Armada en su declarado odio a los individuos del Ministerio de ella».

Transcurrido dicho tiempo, Alonso solicitó al rey que la sanción no fuese en perjuicio de su carrera, y que, en atención a los servicios que había prestado y a la sangre derramada en defensa de la bandera, se le repusiese en el mando del *San Fernando*, como así se hizo; esto le permitió estar presente con su navío en la famosa jornada de Cabo Sicié.

Tras un segundo Pacto de Familia con Francia, España trataba de conseguir para el infante don Felipe el Estado de Milán, desalojando del mismo a los austriacos, además de los ducados de Parma y Plasencia. Ello suponía enfrentarse de nuevo con Austria, Inglaterra y Saboya. Se envió a Italia un ejército de 50.000 hombres al mando del propio infante. Nuestra escuadra, junto con la francesa, habían establecido su base en Tolón, pero pronto fueron bloqueadas en aquel puerto por los ingleses. Intentando romper el cerco, el 20 de febrero de 1744 largaron velas dirigiéndose frente al enemigo. No corresponde aquí relatar aquella acción; sólo decir que, viéndose nuestro buque insignia, el *Real Felipe*, desmantelado y rodeado

por varios enemigos, fueron en su ayuda el *San Fernando*, mandado por el conde de Vega Florida, y el *Brillante*, los que, además, fueron los que sostuvieron batalla posteriormente. «El *San Fernando*, con todo su equipaje sobre el costado y obencaduras saludó a su capitana con cinco veces viva el Rey, para vitorearle su constancia y gloriosa acción», continuando luego la batalla hasta romper el bloqueo y ganar Cartagena. Por la bizarría y destreza demostradas en ella, Alonso fue ascendido a capitán de navío.

Después de varias singladuras por aguas del Mediterráneo, en 1748 partió para Veracruz al mando de la fragata *San Javier*, que en La Habana sustituyó por el navío *Invencible*, con el que regresó a la Península, donde continuó navegando en crucero por las costas de Levante. En 1758 tuvo un duro encuentro con la capitana de Argel y otros dos navíos, hasta lograr su rendición, no sin antes ser de nuevo herido en el combate. Regresó a Cádiz con 171 moros apresados y 26 cautivos cristianos, y allí recibió la noticia de su nombramiento como jefe de escuadra.

Fallecido Fernando VI en 1759, su hijo primogénito Carlos trocó la corona de Nápoles por la de España con el nombre de Carlos III. El 29 de agosto del siguiente año una escuadra de once navíos y otros menores salió de Cádiz rumbo a Nápoles para traerlo a la Península. Al frente de la misma iba Juan José Navarro, marqués de la Victoria, y en el *Brillante* embarcó Alonso de la Rosa, fondeando en Nápoles, donde ya les aguardaban otros cuatro navíos mandados por el teniente general don Andrés Reggio. Allí participó el conde en todos los brillantes actos y agasajos que tuvieron lugar para despedir al nuevo rey de España, al que luego acompañaron hasta el puerto de Barcelona. Ya en tierra manifestó éste su satisfacción con los mandos que lo habían trasladado, concediendo la gracia de capitán general al marqués de la Victoria y diversas a los restantes mandos, entre ellos a Alonso de la Rosa, nombrándole teniente general de la Armada.

El 15 de abril de 1760 el conde de Vega Florida fue designado comandante general del Departamento del Ferrol y de la escuadra que allí tenía su base, un cargo delicado dada la ubicación estratégica de dicho Departamento, a la vista de una nueva confrontación prevista con Inglaterra. Allí el nuevo comandante general, además del nuevo apresto de su armada, hubo de desempeñar gestiones muy personales y secretas, pues, a la vista de «las urgentes comisiones que se le han cometido y a sus gastos en ellas», se le otorgó la gratificación mensual de 350 escudos de vellón, en lugar de los 250 asignados a la Comandancia General de aquel Departamento. Declarada al fin la guerra contra la corona británica, se consideró un proyecto de invadir Inglaterra por sorpresa, lo que hizo pivotar sobre Ferrol el eje del ataque, tras atraer la atención del enemigo hacia otras zonas. Ello obligó a Antonio a llevar a cabo diversas salidas abordo del *Brillante* y luego del

Diligente a lo largo de la costa cantábrica y, lo que es más significativo, por el canal de la Mancha «desempeñando comisiones de suma importancia».

Finalmente, todos estos preparativos quedaron en nada, y la pretendida invasión de Inglaterra no pasó de ser una ilusión. Pero, en cambio, fue una realidad la acción de la escuadra de S.M. británica sobre Manila y La Habana, y la toma de esta última ciudad por el ejército inglés. Como era usual en todos los países, se formó un consejo de guerra para examinar y depurar las responsabilidades a que hubiera lugar. Los principales cargos recayeron en el capitán general de La Habana, don Juan de Prado, el marqués del Real Transporte, jefe de la escuadra que había quedado bloqueada en aquella bahía, el teniente general conde de Superunda, anterior virrey del Perú, que ocasionalmente se hallaba en la isla, y el mariscal de campo Diego Tavares.

Se eligió con cuidado los vocales de dicho consejo de guerra, que pasó a presidir el capitán general conde de Aranda, y en el que por parte de la Armada formaron parte el teniente general conde de Vega Florida y el jefe de escuadra Jorge Juan. Ello dio lugar a que Alonso de la Rosa hubiera de entregar accidentalmente el mando del departamento y desplazarse a Madrid. Allí permaneció en 1764 y hasta que el tribunal dictó sentencia el 4 de marzo de 1765, condenando al mariscal de campo Juan de Prado a la privación de sus empleos militares, destierro por diez años y al resarcimiento a la Real Hacienda y al comercio de todos los daños y perjuicios, mancomunadamente con el marqués del Real Transporte, el conde de Superunda y Diego Tavares. Al marqués le correspondió la misma pena, al conde suspensión por diez años de su empleo y destierro por otros diez, y a Diego Tavares lo mismo. Otras penas correspondieron a diversos coroneles, capitanes de navío y algún otro oficial. Todo ello se consideró un castigo suave, dado lo que por entonces se estilaba.

De nuevo al mando de la Capitanía de Ferrol, pasó a presidir otra vez la Junta del Departamento, bajo cuya dirección tenían lugar las obras del arsenal, el cuartel de la compañía de Guardias de Arsenales y el edificio de la Teneduría. Se reanudaban las obras del cuartel de Batallones, y se eligieron y adquirieron terrenos para el nuevo edificio de la Capitanía General. También se dio remate a las obras de la gran Sala de Armas del arsenal del Parque. La atención a todo ello no le impidió escribir algunas obras, entre ellas el *Plan para arreglar las formaciones de una escuadra de 4 hasta 14 navíos dividida en dos divisiones* y la de *Órdenes y señales particulares para la práctica de las evoluciones sucesivas con el fin de ejercitar en ellas a las escuadras*.

En medio de todas estas actividades le alcanzó su última enfermedad, falleciendo el 20 de octubre de 1771 sin abdicar del mando de su Departamento. Cinco días

antes de su muerte aún pudo recibir la noticia de haberse culminado los trabajos del cuartel de Batallones de Marina. También se había dado remate a las obras de la nueva iglesia de San Francisco, en cuya capilla mayor recibió sepultura. Sesenta y cuatro años después, en 1850, se inauguró en San Fernando el Panteón de Marinos Ilustres, acordándose que fueran inhumados en el mismo todos los generales de la Armada desde 1700, y, de no ser posible, se colocase en su lugar una lápida conmemorativa. Sin embargo, diversas circunstancias llevaron a que tal acuerdo solo fuese cumplimentado en una parte mínima. En consecuencia, los restos de Alonso de la Rosa siguen esperando la resurrección de la carne en la iglesia de San Francisco de Ferrol.

Nota: Las ideas y opiniones contenidas en este documento son de responsabilidad del autor, sin que reflejen, necesariamente, el pensamiento de la Academia de las Ciencias y las Artes Militares.

© Academia de las Ciencias y las Artes Militares - 2022